
THE PALM READER
GILLETTE FOREVER
DEFINITIVE EDITION

LA QUIROMÁNTICA DE WALL STREET: SECUELA

El encuentro con la quiromántica portuguesa de noventa y dos años en Boston, unos días antes, me había dejado una sorpresa y un recuerdo agradable dentro de mi silencio, junto con una sonrisa que no decía ninguna palabra pero siempre pensaba lo mismo: ¿y ahora qué va a pasar que yo no haya previsto ya?

La disciplina esotérica, dentro de Pitágoras y su geometría, había sido mi base cultural durante los últimos treinta y tres años. La magia, blanca o negra, nunca la había conocido de verdad: la había usado con ironía, con fines nobles, solo al leer los horóscopos y los signos del zodíaco. No costaba nada, cada mañana, leer las columnitas de los periódicos, y yo apuntaba su utilidad a una sola cosa: conquistar mujeres hermosas e imposibles, mujeres que decían que no esperaban a ningún hombre, pero siempre buscaban exactamente uno como yo.

Esa tarde volví al hotel, en la Calle Doce, aunque en realidad no era una dirección de la ciudad: era solo yo contando el número de manzanas desde el restaurante hasta donde dormía, para no perderme.

La cena fue la misma de siempre, desde hacía años: nunca renunciaría a mi linguine con langosta en el MAIN, el que hablaba inglés, mientras el mío hablaba afrikáans y no siempre se le entendía, una mezcla de lenguas tribales africanas y neerlandés. Sobre el vino no había dudas: una copa por comida, siempre, tinto, italiano; el paladar no pedía nada más. Pero cuando el bolsillo marcaba el ritmo, no quedaba más remedio que renunciar y pasar al agua del grifo.

Mi habitación era hermosa, llena de comodidades que permanecían cerradas: una piscina, un campo de golf, una sauna, una sala de masajes, dos mujeres rubias y dos mujeres negras y una pelirroja, un jardín de invierno, todo plegado en un único cuadro colgado en la entrada como un rompecabezas.

Y luego aquella cama individual, donde darse la vuelta hacía chillar los muelles, un sillón rojo lleno de agujeros, una mesita: todo incluido en el precio, unos pocos dólares por noche, pagados antes de entrar.

El baño era la pieza estrella: el primer baño verdadero de reserva anticipada de la historia. Solo había que gritar: ¿está libre? Si nadie respondía en diez segundos, era tuyo: un solo espacio en el pasillo para veinte habitaciones, unisex, para no crear desigualdad.

Eran las 22:34. Estaba cansado, a punto de dormirme, cuando oí que llamaban a la puerta. Pensé que alguien se había equivocado de habitación y no me levanté. Luego llegó otro golpe, y según el reloj eran las 2:46 de la madrugada —el tiempo seguía avanzando sin que nadie se diera cuenta—.

Me levanté para abrir la puerta y no encontré a nadie. Cuando me di la vuelta hacia la cama, alguien estaba sentado en mi sillón rojo. Frega, dijo, por fin te encontré.

Su imagen era borrosa, no humana, como un reflejo. Traté de averiguar si era algún truco dentro de un holograma. No encontré nada que lo confirmara.

No sirve de nada mirar, ni tratar de averiguar quién soy: te ahorro la molestia. Soy el fantasma que conociste en casa de la quiromántica, y he venido a conocer el final del volumen 15 de la saga Gillette. A cambio, te daré dos secretos para tu GILLETTENARRATIVE.

Si le hubiera contado esta historia a alguien, me habrían internado en el Boston Hospital en el acto. Así que me aseguré de no contársela nunca a nadie.

La parte final del libro 15 es esta:

Dos mujeres cubanas, madre e hija, jóvenes y hermosas, habían —cada una en momentos distintos, de maneras distintas— reservado un espacio para estar a solas conmigo, para hablar, y cada una había salido de allí conmocionada. Ambas querían lo mismo: casarse conmigo.

Nunca he llevado anillo de bodas, por un defecto congénito en los dedos, certificado antes de mi matrimonio en 1993, y mi esposa había aceptado también ese defecto mío. Una mañana dejé Cuba. Tomé el primer vuelo a Italia sin reserva —quien conozca esos lugares puede imaginar la dificultad, pero nunca cómo lo logré—, diciéndoles a las mujeres, una por una, en total confidencia, que volvería pronto, que me casaría con ellas.

Nunca ocurrió.

Pensé que algún día se olvidarían de mí y de mis promesas. En cambio, no: decidieron contratar a un Aifá de la religión africana de Orulá, para invocar el mal y ponerme una maldición de muerte, de esas que no tienen devolución.

Y estaba funcionando. Me llevaron de urgencia a cuidados intensivos, la antesala de la muerte, después de que encontraran un nivel de hemoglobina por debajo del cinco por ciento, líquido en los pulmones, dificultad para respirar; y el informe me daba treinta y seis horas de vida, como mucho.

También llegó la funeraria y colocó el ataúd junto a la cama. Yo lo veía todo. No me quedaban fuerzas para exhalar un suspiro. Ni siquiera entonces se me ocurrió escribir.

Todo parecía listo. Todo avanzaba según el ritual de la magia negra, cuando, tras treinta y tres horas, me levanté de la cama, me arranqué todos los tubos y salí de la sala en pijama para irme a casa.

Caminé cinco kilómetros a pie, toqué el timbre, y mi esposa se desmayó. Le dije que hiciera pasta e fagioli, tenía hambre. Veinte minutos después los Carabinieri tocaron el timbre, alertados por el hospital.

Buscaban al muerto, y cuando les dije que era yo, se agarraron los cojones y se fueron.

Llegó el momento de decirle a mi invitado que eso era parte del final, y que le pedía que se fuera, dada la hora. Él sonrió: ¿no te da curiosidad saber lo que tengo que contarte?

Dije que no, porque la curiosidad es cosa de mujeres. Las mujeres la llevan puesta para ganarle a otras mujeres. Y mi madre siempre me había dicho una cosa: sigue siendo un hombre dentro de la mente de una mujer.

Ferdinando